

Ironías de la vida

Francisco acababa de llegar al centro de la ciudad, había aparcado el coche de lujo en su plaza del parking de la empresa y se preparaba para iniciar uno de sus días de trabajo; reunión tras reunión el día iba pasando.

El tipo de reuniones y las personas cambiaban, pero para él todo era muy monótono, cada día se parecía al anterior. Muchos fines de semana le tocaba hacer gestiones, pero cuando no, se los dedicaba a él mismo en exclusiva, ¿de algo tenía que servir tener tanto dinero!

Se levantaba a las cinco de la mañana y llegaba a casa prácticamente a las diez de la noche desde hacía años con ese un modo de vida era difícil mantener la armonía y la convivencia familiar con este ritmo. Con el tiempo abandonó a su mujer y se buscó una chica veinte años menor que él.

Nada le llenaba, se llevaba mal con su hijo Julio, que se fue a vivir con su madre tras el divorcio. El poco tiempo del que disponía, se lo había gastado siempre en excentricidades, lujos y amantes.

Era un empresario de éxito, toda su vida se había centrado en torno al trabajo. De joven heredó una fortuna de su padre, puso en venta el negocio familiar de transporte y supo aprovechar la oportunidad; aprovechó sus estudios en gestión, administración de empresas y derecho para encumbrarse; fue así como se convirtió uno de los directivos más importantes de una de las principales empresas de combustibles y energías a nivel global.

En los trabajos que la empresa había desarrollado por medio mundo, él había dirigido, de forma personal, verdaderos crímenes de todo tipo. Deforestaciones planificadas, vertidos contaminantes, éxodos forzosos de población, estafa a muchas personas y colectivos, y por supuesto sobornado e incluso promovido derrocar a presidentes en países del mundo subdesarrollado.

Una gran multinacional como en la que él trabajaba, hacía todo tipo de cosas poco éticas con las que una persona normal no se sentiría nada cómoda. A Francisco le daba igual, todo resquicio de moralidad se opacaba con las trasferencias exorbitantes que recibía cada mes, además, por supuesto, de las primas por objetivos. Así estuvo durante más de 25

años, hasta que un acto, que llevó a una consecución de ellos, le hizo replantearse las cosas.

Aquel día al salir del trabajo vio desde el coche a un montón de gente forcejeando con la policía por cortar una calle; tras aguantar un buen rato, tuvieron que retroceder ante la fuerza de las cargas policiales. Lejos de ser derrotados se replegaron de forma ordenada para seguir con lo que estaban haciendo en calles aledañas, imposibilitando que la policía pudiera disolverlos a todos al mismo tiempo.

El país se hallaba sumido en una agudización de las contradicciones de clase, se estaban realizando paros y huelgas por todo el país. A él solo le importaba que por fin podía pasar con el coche y seguir con sus asuntos.

Francisco siempre vio a los sindicalistas, y a lo que él llamaba *rojos de mierda*, como a unos parásitos, en los países donde actuaba su empresa siempre eran los que le ponían pegos y trabas a lo que tenía que hacer. En una ocasión, en Filipinas, las guerrillas estuvieron a punto de apresarle, sin duda lo hubieran ejecutado de hacerlo, no se tomaron muy bien que promoviera incendios “controlados” para poder reutilizar el terreno, ni que en ellos murieran comunidades indígenas enteras. Para Francisco solo eran negocios.

A partir de esa primera manifestación, tuvo que dejar de ir al trabajo en coche, el centro era un hervidero de acciones y enfrentamientos contra las fuerzas del orden, y para colmo esa panda de subversivos también intentaba cerrar el transporte público; lo peor de todo es que muchas veces, lo conseguían. Cuánto les odiaba Francisco, con todo su ser, siempre había pensado que si todo el ingenio que demostraban para estas cosas lo invirtieran para trabajar les iría mucho mejor en la vida.

Un día volviendo en metro de las oficinas centrales, cuando se encontraba a punto de cerrar sus puertas, entró a la carrera una chica, tendría la edad de su hijo por cómo iba vestida y por su actitud; Francisco tenía claro que era una de las subversivas. Habría ido al centro a organizar sus actividades y ahora volvía a los suburbios obreros que estaban a las afueras.

La observó detenidamente y se preparó para bajar del metro en la estación que estaba junto al parking dónde se había visto obligado a aparcar su coche desde que se iniciaron los disturbios. La chica continuó su viaje en metro, mientras él partió en su coche hacia la lujosa urbanización en la que vivía.

Francisco se dio cuenta de que coincidía la mayoría de los días con la chica misteriosa en el metro al volver del trabajo. Un día iba absorto pensando que había hecho tan mal en la vida para que su hijo no le hubiera permitido ni ir a su graduación.

Sin saber muy bien por qué, cuándo se quiso dar cuenta estaba contándosele a la chica, que ese día estaba sentada a su izquierda. Apenas habían pasado seis días desde que la vio por primera vez, pero necesitaba contárselo a alguien y no había nadie más.

Para su sorpresa, ella fue empática y simpática, se presentó como Amparo y le escuchó con atención hasta que llegaron a la parada en la que él se bajaba siempre.

Todo esto hizo reflexionar a Francisco. Toda una vida de éxito y dinero para que la única persona que le prestara atención fuera una desconocida en el metro ¡Y encima una de esas alborotadoras a las que tanto había odiado siempre! ¿Cuántas cosas horribles había hecho para acabar solo y depreciado por todos?

Al día siguiente volvieron a coincidir, en la conversación que tuvieron, ella le contó como era su vida. Francisco pudo ver con claridad que era una chica trabajadora que tenía todas las dificultades posibles y más. Aun así, seguía adelante y no solo eso, sino que además se preocupaba por luchar, no por ella, sino por los demás; arriesgando incluso su libertad en toda la vorágine contra el gobierno y la patronal, que el mismo integraba.

Todos los días mantenían largas conversaciones, Francisco ocultaba todo aquello por lo que Amparo podría repudiarle, aun así, le contó lo de su hijo, lo de su exmujer y que era un hombre de éxito en los negocios. Al término de describirle todo, ella le preguntó si sentía su vida llena, si se sentía realizado como persona; que eso era lo que importaba de verdad.

Cuando Francisco ya estaba en su casa volvían a su mente las palabras de Amparo y comprendió que en realidad hubiera querido otra cosa para su vida, que debería haberle sido fiel a su mujer-y que podía haber sido un buen padre.

¿Cuánto daño había hecho y a cuánta gente? ¿Y para qué?

Cuando se divorció, sus abogados se ocuparon de que su mujer y su hijo no recibiesen nada. Su hijo se habría criado con el sueldo de traductora de su madre, como un chico humilde sin muchos recursos. Ahora se sentía mal.

Para su sorpresa, toda la revuelta que había tenido lugar durante los últimos tiempos consiguió muchos de sus objetivos, hizo caer al gobierno y echó atrás la reforma laboral que había levantado al movimiento obrero del país. Sus compañeros ejecutivos del trabajo nunca pensaron que lo conseguirían, pero si algo le había enseñado su experiencia en países como Filipinas o Turquía, es que es mejor no subestimar a quien no tiene nada que perder salvo sus cadenas.

Todos esos días conversando con Amparo fueron muy especiales para él. Hasta el punto de que, aun habiendo terminado el conflicto y pudiendo ir en coche hasta el trabajo, siguió yendo en metro. Pero ella dejó de acudir al centro, no volvieron a coincidir. Francisco se lamentó de no haberle pedido algún medio de contacto para poder saber cómo le iba.

A pesar de todos los prejuicios que tenía contra ella al principio, sus conversaciones, sirvieron para despertar una parte de él que pensaba que ya estaría muerta, dejó de sentir ese odio hacia los subversivos y pasó a verlos como una esperanza para un mundo mejor. Como una esperanza contra aquellos que, como él, solo se habían dedicado a deprearlo.

Le hubiera encantado contarle toda la verdad sobre él, sobre todo lo que había hecho y, además, prometerle que lo iba a cambiar. No se lo pudo decir, pero dejó su trabajo y montó un despacho de abogados para ayudar a revertir todo el mal que había hecho.

Asistía a los que no tenían dinero para pagar un abogado y se querelló contra su antigua empresa, persiguió todas las irregularidades y tropelías que habían cometido y seguirían cometiendo. Por lo menos ahora tendrían a alguien en frente poniéndoselo más difícil.

Un día, yendo por la autopista vio a un grupo de jóvenes que cruzaban la carretera para desplegar unas pancartas. La cabecilla del grupo era Amparo. Bajó raudo del coche, pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente habían terminado; sin embargo, consiguió ver algo que hizo que casi le diera un vuelvo el corazón: uno de los chicos que acompañaban a Amparo era, sin ningún lugar a dudas, su hijo Julio.

Se quedó petrificado, llorando como un niño, en otra época se hubiera enfurecido con él, pero ahora todo era distinto. No podía estar más orgulloso de que su hijo fuera parte de la solución, a todo el daño que él y gente como él hacían al mundo, y no parte del problema.

No sabía nada de él desde hacía años, pero era incuestionable que era su hijo, le mataba por dentro no poder decirle que había cambiado y que lamentaba todo por lo que le había hecho pasar.

Habían pasado más de dos años cuando en su despacho recibió la llamada de un amigo, abogado laboralista que había conocido en un caso contra su antigua empresa. Le dijo que, si podía dar asistencia gratuita a una chica que habían detenido en el marco de un conflicto laboral. La policía no tenía nada, pero si no iba un abogado no la soltarían, su amigo no se encontraba en la ciudad, tenía que ir alguien de confianza y solo podía recurrir a él. Decidió aceptar y se dispuso a ir a los juzgados.

Cuál sería su sorpresa al descubrir que la detenida era Amparo, la chica del metro. Francisco pudo ver la cara de sorpresa y alegría al verle, no pensaba que su nuevo abogado iba a ser él. Tras la declaración pertinente ante el juez, fue puesta en libertad sin cargos.

Se estaban poniendo al día cuando de repente pasó algo aún más sorprendente, un chico joven corrió hacia ella y abrazó a Amparo con pasión. Cuando se separaron, Francisco comprobó con sorpresa que era su hijo Julio.

Francisco por fin tenía una segunda oportunidad y desde luego no iba a desaprovecharla.

Roberto Vaquero